Del monte y los caminos

Antonio Colinas Lobato

Los poetas leoneses de los últimos años han jugado un papel importante en el desarrollo de la poesía española contemporánea. Ya desde los primeros años de la postguerra con la revista «Espadaña» hasta nuestros días con «Claraboya», nuestros poetas se han preocupado por dar nuevos aires a la poesía que la guerra había escindido.

A continuar la labor de los poetas leoneses de todas las épocas viene ahora, «Del monte y los caminos», el último libro del villafranquino Antonio Pereira. Nacido en 1923 Antonio Pereira ha desarrollado, a lo largo de su vida, una buena labor dando lecturas y conferencias en diversos lugares de España. Publica sus versos, asiduamente, en revistas y no hace mucho la colección «Adonais» le editó su libro «El Encuentro» (sic).

El nuevo libro recoge una veintena de poemas que el autor ha dividido en varias partes. Enclavado en su monte el poeta va siguiendo los dictados del alma. El primer dictado es el del recuerdo. El tiempo pasado, ese dulce retorno a la niñez, ese tema tan arraigado en nuestra poesía última, ocupa la primera parte del libro. «Profunda, conmovida y dulce transcripción biográfica del recuerdo», decía Crémer de este libro en uno de sus comentarios, días pasados. El eje de simetría del pasado es para el poeta la persona de su padre, a quien dedica el libro, y en ella se centra: «Padre, primer momento del tiempo que rehago...». Luego, verso a verso, el poeta extiende ante sus ojos, de dentro a fuera, las atardecidas en los valles, la certeza de la mano que guía sus pasos.

El hijo va a revitalizar la humilde profesión del padre. El padre trabaja en el hierro. Tiene una pequeña tienda que da «a la historia de la gente sufrida». Todo un mundo de serios objetos -las hoces, los alambres, los clavos- son valorados por el poeta. No están estos útiles al alcance de unas manos cualquiera. El poeta los canta con orgullo por saberlos entregados al sudor y a una poca de muerte.

El recuerdo también le trae momentos oscuros. Fue el tiempo en que las ciudades se vieron afectadas por dos brazos de un río dividido». Pero aquello ya fue hace mucho tiempo y un presente primaveral le vela los días en que los resplandores eran

sangrientos.

Se abre la segunda parte del libro con un alucinado nocturno. El viajero busca caminos en la noche desentrañando sombras, sintiendo palpitar a su lado los obstinados miedos que hielan. El camino es el cauce adecuado de que se sirve el poeta para dar explicación a sus temores. Se acentúa en estos poemas el lirismo. Bellísimo es el tercer poema que empieza:

Pero decidme, a veces, que se puede

hacer con solo el canto.

Ante «a flor de espanto» ante la mujer que sufre, el poeta comienza reconociendo la insuficiencia de su canto; pero acaba haciendo uso de él para gritar con desgarro, para cumplir su misión:

¡Pido un camino para hacer más corto

el grito que pelea hacia la vida!

En el sentido del último poema hay resonancias manriqueñas. El nombre y apellidos del poeta se han hecho incontenible río. Atrás sólo queda el decoro de unos sombreros representando la vida. Por delante -en la misma marcha- está el gozo:

Vamos a la frescura de los prados. ¡Carro de fiestas! Suavizadas llantas por una vez nos llevan cuesta abajo

Entra el poeta en una tercera parte buscando semejanza entre el invierno y su soledad que es vacío Es duro imprecar al vacío y solo recibir el eco del mundo. Se hace, al menos, preciso, en esta soledad, oírse a sí mismo, agarrarse a un escollo desde el que esperar respuestas:

Entonces es la patria solidaria, oh patria entraña que no suma pueblos sino esperas y largas soledades del hombre en los estribos de lo eterno.

A esta soledad responden las «Meditaciones y Respuestas» que siguen, las cuales muy bien podían haberse unido al apartado anterior. Siempre es una tranquilidad para el hombre imaginar a los seres inanimados que le rodean víctimas de los problemas que a él le acucian. Por eso Antonio Pereira convoca a los árboles y a los peces, a los pájaros y a las aguas, con la duda de no comprenderlos, con la desilusión de no tener la certeza de saberles partícipes de sus propios clamores.

Acaba el libro con «Escenas y personajes», poemas de temática más definida. Hay

que destacar la pureza y perfección de «Serranilla», poema con resonancias de nuestro Viejo Romancero y con destellos de las mejores visiones lorquianas. «Los sedientos» es otro poema, altamente poético, dedicado al vino, ese fuego líquido que todo lo arrebata y transforma. Todos los poemas de esta última parte llevan en sí una sana y profunda preocupación social que el autor trata con tacto y ternura. Valga como paradigma «Un niño reciente», renovada visión, en nuestros días, de aquel pobre nacimiento entre pajas y «olor a pobreza», en un portal de Belén.

El libro no tiene una métrica determinada. Abundan los octosílabos y los endecasílabos, blancos y asonantados. «Del monte y los caminos» quedó finalista en el premio de Poesía «Guipúzcoa en 1964.